



VELAZQUEZ



ALFONSO X



CERVANTES

ATENEEO

21

*No valdria la pena
contar su historia
a quien jamás la olvida.*

Jorge Guillén

Lo que fue el Ateneo de Madrid

—Notas para el mañana—

Antonio Ruiz Salvador

LOS viejos ateneístas recordarán una fotografía del portalón correspondiente al número 21 de la madrileña calle del Prado que ocupó, en varias ocasiones, durante la dictadura del general Primo de Rivera y la (al menos para el Ateneo, no menos dura) del general Berenguer, la primera plana de los diarios liberales de la capital: un portalón cerrado a cal y canto por orden gubernativa que hablaba por sí solo.

AQUELLOS cierres con que se pretendió amordazar al Ateneo y aquellas reaperturas del famoso portalón fueron interpretadas, dentro y fuera de España, como signos de represión o de libertad políticas a nivel nacional, respectivamente: portalón cerrado, dictadura; abierto, pero con prohibición de conferencias, reuniones y tertulias, dictablandas; libertad total, democracia. La fotografía pudo así convertirse en un barómetro político.

Desde aquellos (al menos para el Ateneo, no tan felices) años veinte y principios de los treinta, el portalón ateneísta no ha vuelto a cerrarse por motivos políticos. Esto, sin embargo, y aunque parezca paradójica, no im-

plica que desde entonces el Ateneo haya estado siempre abierto del todo. Me explico: bueno es que el ateneísta pudiera entrar en el recinto, pero si al franquear el portalón se encontraba (como cuando Primo de Rivera) con que sólo podía ver una exposición de arte o cortarse el pelo, pero no oír una conferencia, no estaba en el Ateneo; si la presencia de agentes de la autoridad atentaba contra la libertad de cátedra (como en tiempos de Lerroux), tampoco estaba en una conferencia ateneísta. Podrían añadirse otros dolorosos etcéteras, pero no insisto.

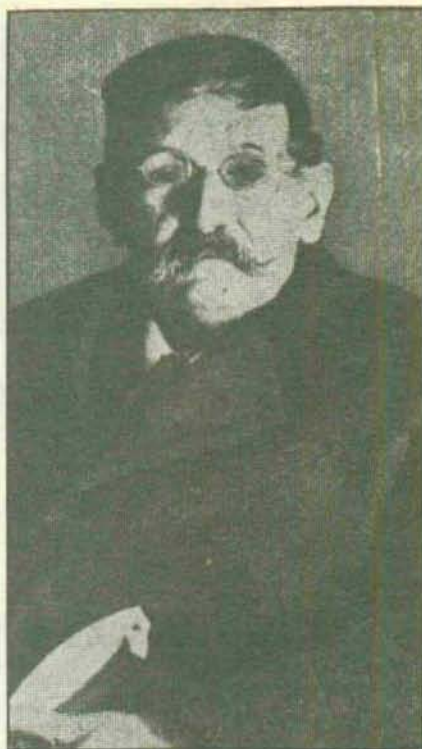
La dictadura del general Franco, que no cerró el portalón, tampoco abrió el Ateneo: desde 1939 hasta

1975 hubo conferencias, sí, pero ¿sobre qué?, ¿a qué se dedicaron sesiones? Como era de esperar, la época franquista fue, a nivel ateneísta, un largo espacio de silencio (lo no dicho, lo no discutido) y la historia de una serie de ausencias (quién no pudo hablar, qué no se pudo ver o representar).

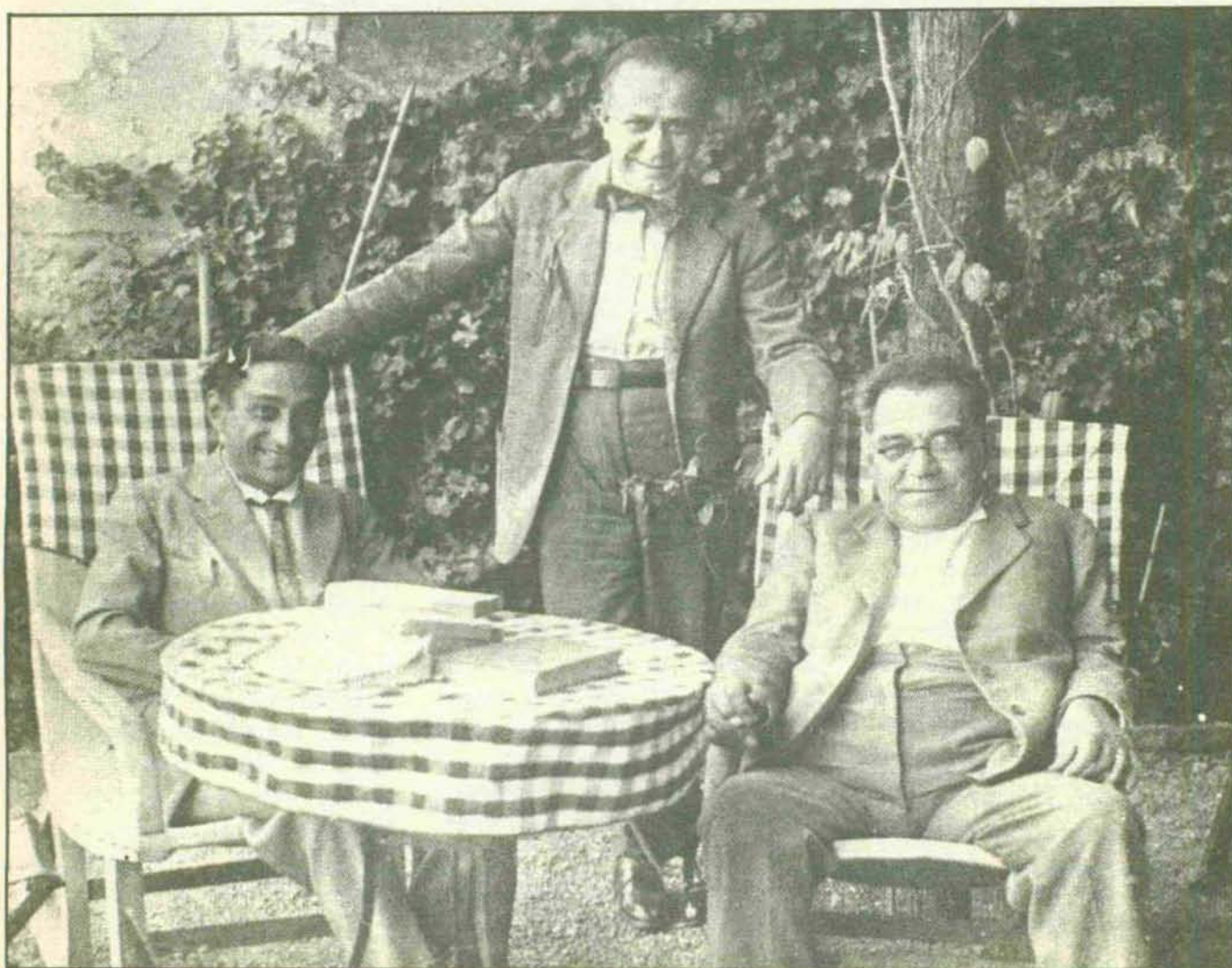
Llegado a este punto, propongo al lector no propenso a la depresión que haga un pequeño ejercicio mental. Pregunta: Entre 1939 y 1975, ¿qué españoles han destacado, dentro y fuera de España, por sus actividades científicas, literarias y artísticas? Hecha la lista, que por fuerza habrá de ser larga e incompleta, haga el lector memoria (y al que no se lo permita la edad, recurra a la



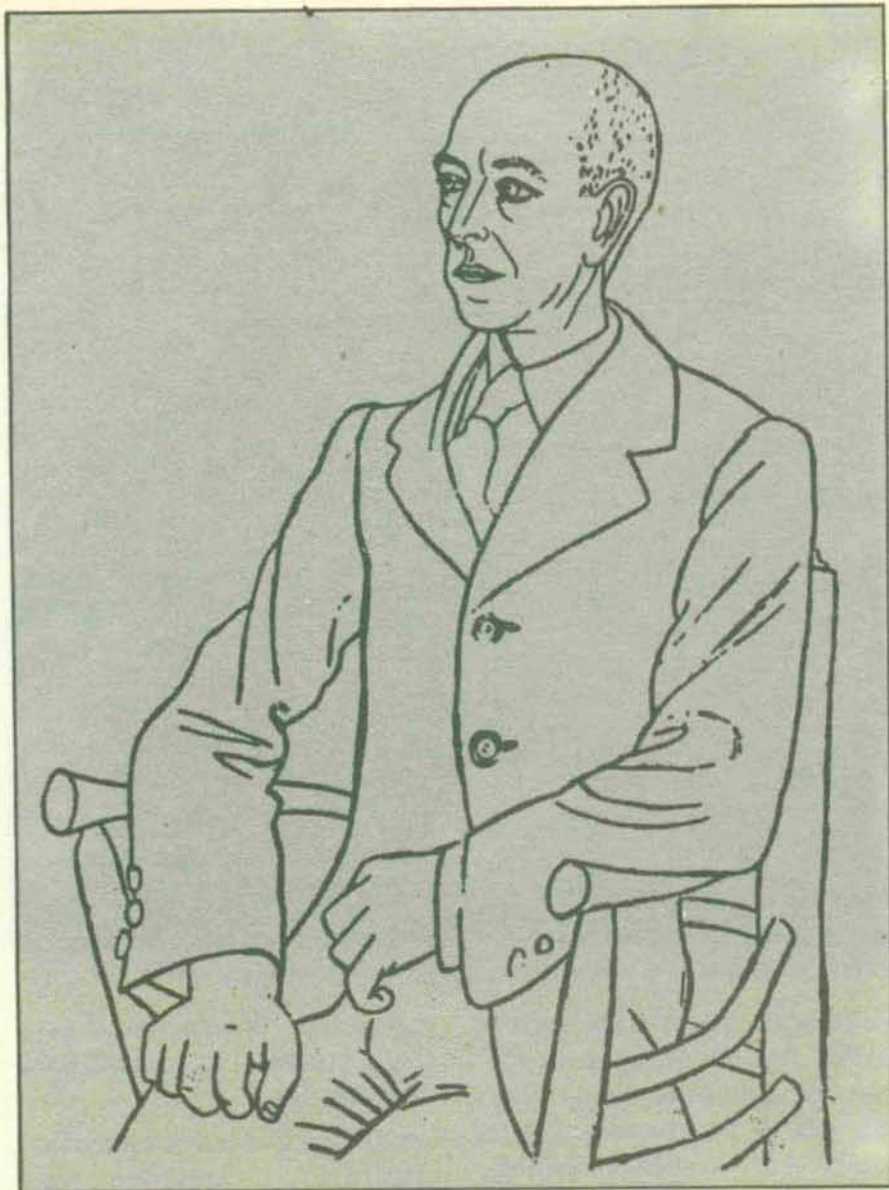
Emilia Pardo Bazán, condesa de Pardo Bazán.



Benito Pérez Galdós.



Amadeo Vives (a la derecha de la foto, sentado) en compañía del baritono Marcos Redondo y el empresario Luis Calvo (éste de pie).



Manuel de Falla (dibujo de Picasso).

cuarenta años sin que en el Ateneo se celebren las elecciones reglamentarias. Desde entonces no se han vuelto a elegir Juntas de Gobierno por el Ateneo, sino a nombrarlas (dedocracia que se remonta a Primo de Rivera) para el Ateneo. Desde en-



Tomás Bretón.

Hemeroteca), y diga qué individuos de esa lista han participado, entre 1939 y 1975, en la vida del Ateneo de Madrid. El lector podrá comprobar que, para el Ateneo, los tan cacareados años de paz no han pasado de ser lo que Mesonero Romanos llamaba una «noche intelectual» (1). Y es natural; al Ateneo nunca le han sentado bien las dictaduras.

A los tres años de la muerte

(1) Refiriéndose a la llamada ominosa década en general y, en particular, a los años 1827 y 1828, en *Memorias de un setentón, natural y vecino de Madrid*, vol. II. Madrid, 1881, p. 22.

del general, sin embargo (y esto es ya más grave por ser menos natural), se sigue sin abrir el Ateneo por muy abierto que se mantenga el portalón. Hay, sí, menos ausencias y menos silencio, pero sigue faltando algo que es condición fundamental para la normalización de su vida interior, algo que se concedió al país en junio de 1977 y que se sigue negando al ateneísta: elecciones.

Desde las de fines de junio de 1936, en que se reelegía a Fernando de los Ríos como presidente, y aunque cueste creerlo, han pasado más de

tonces, toda Junta ha sido, y sigue siendo, facciosa.

Y surge la pregunta, ¿quién preside hoy el Ateneo? Muerto Fernando de los Ríos en el exilio, muertos otros miembros de la Junta de 1936 a uno y otro lado del Atlántico, es evidente que, a falta de elecciones, aquellos miembros que aún viven constituyen, aunque diezmada, la Junta de Gobierno **legítima**. A falta de elecciones, uno de esos miembros ocupa su cargo, tal vez sin saberlo y desde luego sin desempeñarlo, en **función de presidente**. La



José Martínez Ruiz «Azorín» (a la derecha de la fotografía), en compañía de don Pío Baroja.

cuestión de la legitimidad seguirá en pie mientras no se corrobore por la fuerza de los votos, y va implícito que los votos han de ser de los de antes de la guerra, lo que se impuso por la fuerza de las armas y del decreto. Mientras los ateneístas no puedan decidir el futuro del Ateneo en unas elecciones rabiosamente sinceras, tendrán que permanecer en un pasado, el de 1936, aunque sólo sea por su legitimidad. Mientras tanto, el portalón sigue abierto y el Ateneo cerrado.

¿Hasta cuándo? No es aventurado afirmar que una victoria de las izquierdas a nivel nacional y, sobre todo, a nivel municipal (y concretamente en Madrid), tendrían como consecuencia el restablecimiento de la normalidad ateneísta; también

es posible que esto ocurriera antes (cosas más raras vienen ocurriendo desde fines de 1975). Lo impensable es que el Ateneo siga por mucho tiempo en la situación actual: estamos, creo, en vísperas de la apertura del case-rón de Prado, 21.

Esta esperanza determina que escriba estas páginas sobre lo que fue el Ateneo de Madrid, y que lo haga con un cierto sentido de urgencia. Ha llegado el momento de olvidar el presente del Ateneo y el de recrear un pasado que de puro lejano ya no es ayer, sino anteayer. No vale la pena, en efecto, contar su historia a quien jamás la olvida, y estas páginas no buscan al viejo ateneísta que aún recuerda, sino al joven que no ha llegado a conocer. Lo que sí vale la pena es contar lo que fue el anteayer

ateneísta, porque en él está, más que en el hoy, el mañana del Ateneo.

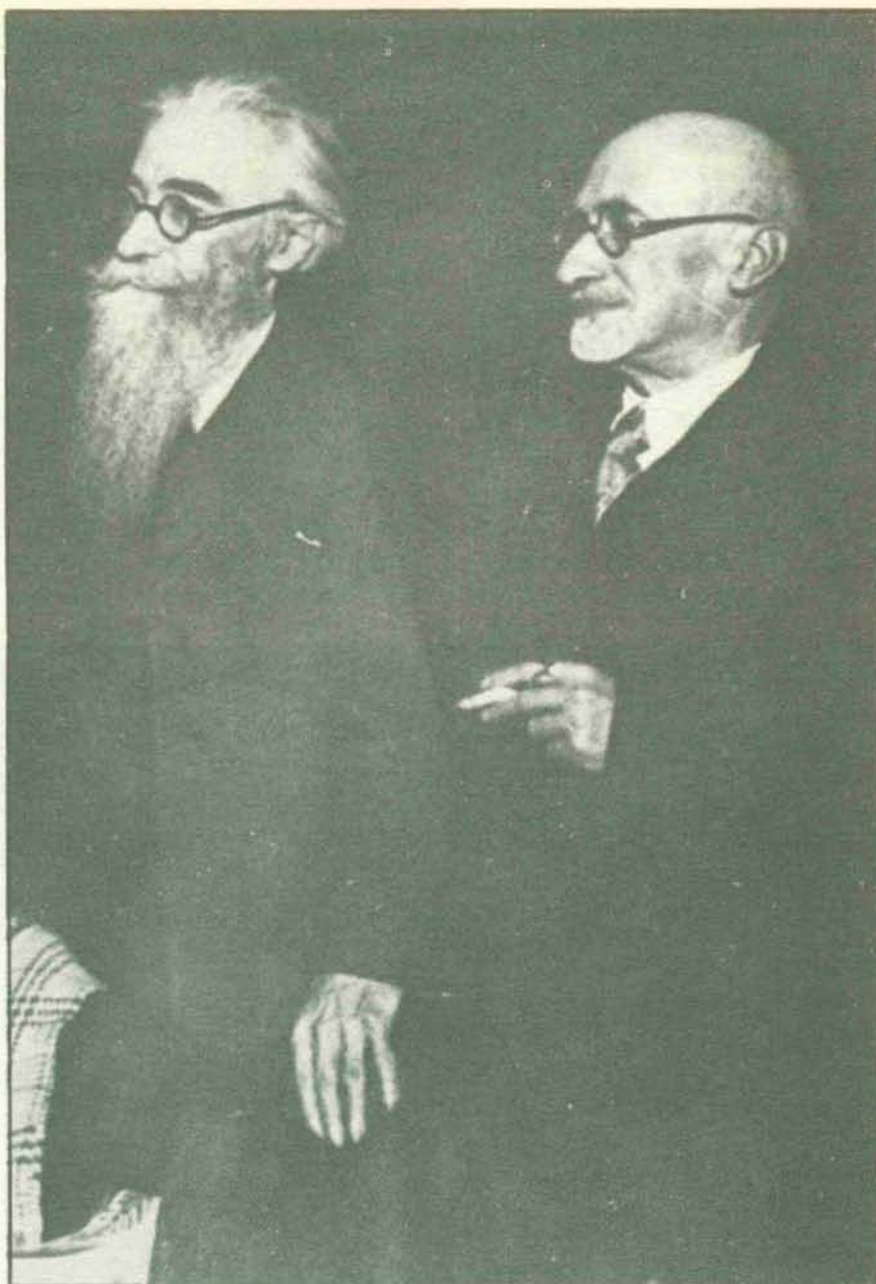
¿Qué fue el Ateneo científico, literario y artístico (esos eran sus apellidos) de Madrid? Recuerdo que don José García Mercadal me dijo una vez en la Hemeroteca madrileña que un libro sobre el Ateneo era un libro imposible; y estando yo preparando entonces una tesis doctoral sobre el tema, para la Universidad de Harvard, quedé algo preocupado. El viejo ateneísta, desde luego, tenía razón: llevo escritos dos libros sobre el Ateneo (2), preparo un tercero y, sin embargo, creo que la complejidad de esta ins-

(2) *El Ateneo científico, literario y artístico de Madrid (1835-1885)*, Tamesis Books Limited, Londres, 1971; *Ateneo, Dictadura y República*, Fernando Torres Editor, Valencia, 1976.

titución hace imposible describirla. García Mercadal sabía mejor que yo, que no lo viví, lo que era el Ateneo; y precisamente porque lo conocía, sabía que «aquello» era para ser recordado después de vivido (y convivido), pero no para contado.

Dicho esto, ¿se puede describir en unas pocas páginas lo que fue el Ateneo de Madrid a lo largo de más de cien años de historia? Del todo, no; pero con todo, se debe intentar, que más vale una idea aproximada que el desconocimiento. Sala de conferencias, de conciertos, de exposiciones, academia de idiomas, biblioteca, teatro, tertulia, el Ateneo fue (a la vista está) una institución mixta y de actividades tan variadas como prometía su triple apellido. La cátedra, sobre todo a partir de la creación de la Escuela de Estudios Superiores (1896), le dio un perfil universitario; las diferentes secciones lo convirtieron en una sociedad de debates; la excelente biblioteca...

«Allí se condensaba la mayor parte de la acción cerebral de la gente hispánica», escribió Galdós en *Prim*, refiriéndose al Ateneo; otros lo llamaron desde «templo intelectual» hasta «cerebro de la cultura contemporánea», pasando por «gran logia de la inteligencia» y «la Holanda de España»: con estos y muchos otros ditirambos por el estilo, el Ateneo arrastró a lo largo de un siglo su tradición de casa docta y sabihonda. Otros, como el impertinente Menéndez y Pelayo joven, le negaron su legendario barniz intelectual; y hubo quien, como Unamuno (que lo presidiría



Ramón M.^a del Valle-Inclán (a la izquierda, en la fotografía) y Jacinto Benavente.

de 1933 a 1934), lo vieron como un café, «desde luego con algunas ventanas a Europa». En ese café de anteaer, no lo olvidemos, habló Einstein (3).

Las famosas conferencias del Ateneo no bastan por sí solas para describir lo que fue el caserón de la calle del Prado, pero sobran para no dejar lugar a dudas sobre si el Ateneo debe seguir siendo lo que es o volver a ser lo que

(3) Véase mi *Ateneo* (Londres, 1971), p. 101, p. 101, notas 8-12.

fue. O dicho de otro modo: Ateneo, quién te ha visto y quién te ve. Con dar los nombres de algunos de los conferenciantes que hablaron en el Ateneo entre 1909 y 1936, el lector comprenderá que lo de «noche intelectual» no era exagerado. Veamos: José Ortega y Gasset (diez veces), Ramón Gómez de la Serna, Manuel Machado, Ramiro de Maeztu, Segismundo Moret, Ramón Pérez de Ayala (seis), Rafael Altamira, Gumersindo de Azcárate, Jacinto Benavente,

Fernando de los Ríos, Tomás Bretón, Amadeo Vives, Manuel de Falla, Manuel B. Cosío, Ramón del Valle-Inclán (siete), Manuel Gómez Moreno, Emilia Pardo Bazán (once), José Moreno Villa, Serafín Álvarez Quintero, Pedro Salinas, «Azorín», Francisco Rodríguez Marín, Miguel de Unamuno (dieciséis), Margarita Nelken, Benjamín Jarnés, Fernando Claudín, Eduardo Marquina, María Teresa León, Eugenio d'Ors, Leonardo Torres Quevedo, Ramón

Menéndez Pidal, Manuel Azaña (seis), Julio Rey Pastor, Ricardo Baroja, Ángel Ossorio y Gallardo, Pedro Corominas, Manuel García Morente, Alvaro de Albornoz, Gregorio Marañón, Antonio Maura, Américo Castro, Rosa Chacel, Luis Jiménez de Asúa, Victoria Kent, José Verdes Montenegro (nueve), Andrés Nin, Ángel Pestaña (cinco), Tomás Navarro Tomás, Julio Álvarez del Vayo, Gerardo Diego, Juan de la Cierva, Vicente Huidobro, Niceto Alcalá

Zamora, Marcelino Domingo (cinco), Marconi, Salvador de Madariaga (cinco), Emil Ludwig, Alejandro Lerroux, Jean Cassou, Paul Faure, Julián Besteiro, Jules Romains, Indalecio Prieto (cinco), Henri Bergson, André Malraux y Albert Einstein. Si no he logrado aburrir al lector con esta selección de nombres ilustres, sigo sin describir lo que fue el Ateneo. Concédaseme al menos que un escrutinio de los conferenciantes ateneístas del período de 1939-1975 revelaría una lista de nombres ilustres, por corta, bastante más amena.

Los trámites de presentación de nuevos socios, el pago de las cuotas y otros puntos reglamentarios configuraban al Ateneo como un club. Y, sin embargo, muchos ateneístas de solera que iban por la casa no eran socios: al Ateneo, como hogar espiritual, se pertenecía independientemente de lo que dictaminaran los Estatutos, y no deja de ser significativo que al ser Valle-Inclán elegido presidente en 1932, se descubriera que ni siquiera era socio; requisito éste que otros muchos ateneístas también parecían considerar secundario al ir por el Ateneo.

Pero es que la llamada «docta casa» era más que lo que rezaban sus Estatutos o se anunciaba en su programa de actividades. Más que una asociación y un centro cultural, el Ateneo era una parada (en algunas épocas, la principal), como lo podían ser (salvando las distancias) el café favorito, la rebotica, la tahona de los Baroja o, años más tarde, la colina de los chopos. Por el



Miguel de Unamuno en compañía de la actriz Margarita Xirgu y el actor Enrique Borrás, con ocasión del estreno de su obra «El otro».



Manuel Azaña, Presidente que fue del Ateneo madrileño.



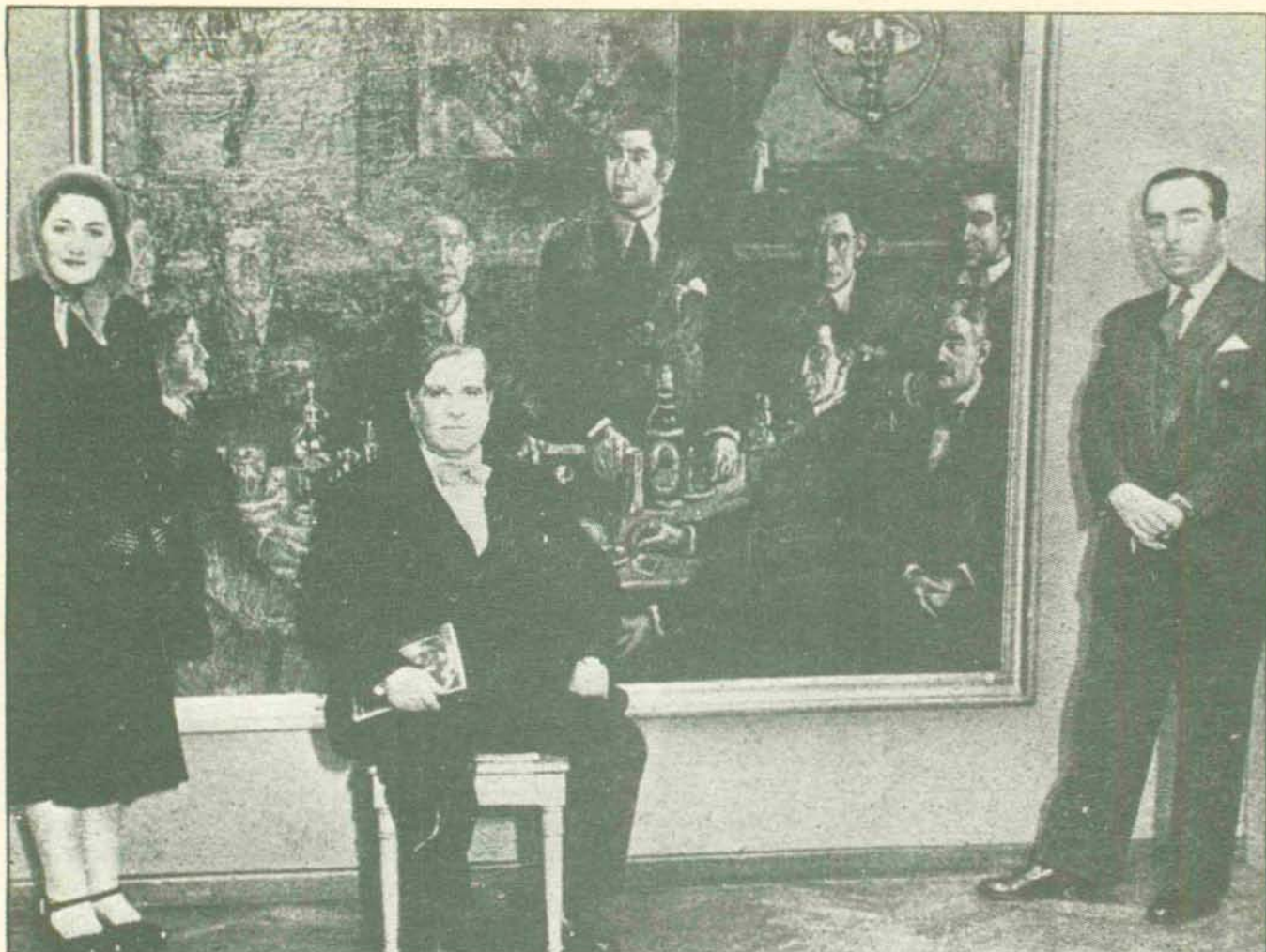
Fernando de los Ríos.



Niceto Alcalá Zamora.



Indalecio Prieto.



Ramón Gómez de la Serna, en compañía de su mujer, Luisa Sofovich, y de José Ignacio Ramos, ante el cuadro de Gutiérrez Solana «POMBO», con ocasión de la exhibición de la famosa obra pictórica en Buenos Aires, en 1947.

Ateneo se dejaba uno caer para ver qué se decía, se iba como se pasa por tal o cual lugar por si ha habido algo. Y esa expresión de «ir por el Ateneo» me parece encerrar toda la complejidad del hogar ateneísta, porque aunque algunas veces se fuera a algo concreto (una conferencia, un debate, una junta general), el ir por el Ateneo era parte del quehacer cotidiano. Por así decirlo, el ateneísmo era actividad tan noble como rutinaria y, en este sentido, al ateneísta de corazón (fuera o no socio) le sobraba el tablón de anuncios.

Desde su fundación en 1835, al Ateneo se iba a leer el periódico, a estudiar, a pronunciar un discurso, a

atacarlo o a defenderlo, a divagar en las tertulias, a alborotar en la Cacharrería y a charlar por los pasillos. El Ateneo fue la institución oral por antonomasia; allí han hablado todos y de todo lo divino y lo humano: el cesante, de economía; el ministro, de poesía; el poeta, de política; el economista, de medicina; el médico, de literatura, y no siempre —hay que reconocerlo— con conocimiento de causa. No importa: lo realmente importante de aquel Ateneo para los que salimos de una época que ha sido, durante más de cuarenta años, un tiempo de silencio, es precisamente ese continuo hablar ateneísta, ese hablar sentado y de pie, amistosamente y a gritos.

Refiriéndose a la Cacharrería de 1880, escribía Conrado Solsona que *«las conversaciones son batallas, altercados, disputas; no se habla, se perora; no se acciona, se gesticula; no se razona, se hiere, y en las tormentas diarias que allí se producen y en los motivos que estallan, momentos hay en que las miradas provocativas echan fuego, los brazos extendidos amenazan y los ánimos exaltados riñen»* (4).

El tono llegó a ser violento en ocasiones, cierto, y el choque de las ideas opuestas a enemistar a los contendientes—contra todos los principios de la tolerancia

(4) «El Ateneo de Madrid», *Revista de España*, 75 (1880), pp. 63-64.

ateneísta, por ejemplo, Navarro Ledesma llegó a agredir a «Clarín», y éste no fue un hecho aislado—, pero éste era sólo el Ateneo público, el de la cátedra y la sección, el reseñado en la columna de prensa. Junto a él coexistió siempre el Ateneo íntimo del salón de conversación —ya no debate— y de los pasillos. En ambos Ateneos, el de la guerra santa y el de la convivencia, reaparecía a diario el viejo factor hispánico de frontera.

Buen ejemplo de este ateneísmo oral de que vengo hablando —uno entre mil— sería José Moreno Nieto: estudiaba mucho, discutía de todo y contra todos, escribía poco o casi nada. El diálogo fue siempre el supremo ejercicio ateneísta y, posiblemente, el gran responsable de la falta de memorias en España, hecho que no ca-

rece de importancia. Del diálogo surgió la amistad, y no hace falta recordar que de la convivencia ateneísta, y a pesar de la guerra santa, surgieron grandes amistades. En este sentido, algún día habrá que estudiar bien el impacto de los amigos ateneístas en figuras como la de Ortega, Unamuno, Azaña y tantos otros. Es el lado humano del Ateneo y, por tanto, el más difícil de comprobar, porque, entre otras razones, la anécdota ateneísta es a menudo tan tentadora como falsa. La influencia de ateneístas como Soltura, Navarro Ledesma, Rodríguez Carracido y el propio Moreno Nieto en los jóvenes, sin embargo, no puede ser desdeñada porque éstos, así como otros grandes habladores y consumidores de cultura que se murieron sin coger la pluma, dejaron

escritas sus mejores páginas en las trayectorias vitales de sus amigos. En este Ateneo de las amistades y del pensar en voz alta, pues, han hablado todos y de todo y, además, y esto es lo verdaderamente importante, se han hablado unos a otros, han dialogado. La experiencia ateneísta no puede ser olvidada a la hora de las biografías, porque el Ateneo, como hogar espiritual, como institución cultural, y en ausencia de otras instituciones, formó a varias generaciones hispánicas.

Del mismo modo, un estudio sobre el romanticismo, el naturalismo, el librecambismo, el krausismo, el positivismo, el ultraísmo —por mencionar unos ismos, y podría añadir la cuestión de la neutralidad ante la gran guerra europea, la suscitada por el desastre de Annual,



Ramón Pérez de Ayala (en el centro de la fotografía), en compañía del torero Juan Belmonte (sentado, el primero por la izquierda) y de Cipriano de Rivas Cherif (a la izquierda de Pérez de Ayala), durante uno de los ensayos de su obra teatral «A.M.D.G.». Detrás y de pie, dos actores de la obra.

etc.— necesita dedicar un capítulo a la fase ateneísta del tema para ser completo. Con mayor o menor seriedad, conocimiento o pasión, el hecho es que el Ateneo fue el gran importador de ideas durante el siglo XIX, y de ahí que pueda escribirse su historia desde una perspectiva filosófica, económica, literaria, científica, etc. Considero, sin embargo, que fue el factor político el que sirvió de constante a toda su actividad; en este sentido, pienso que el adjetivo «político» debiera incluso anteceder al triple apellido de «científico, literario y artístico». La triple actividad del Ateneo estuvo determinada en gran medida por el elemento político: las polémicas entre clásicos y románticos, así como las que enfrentaron a

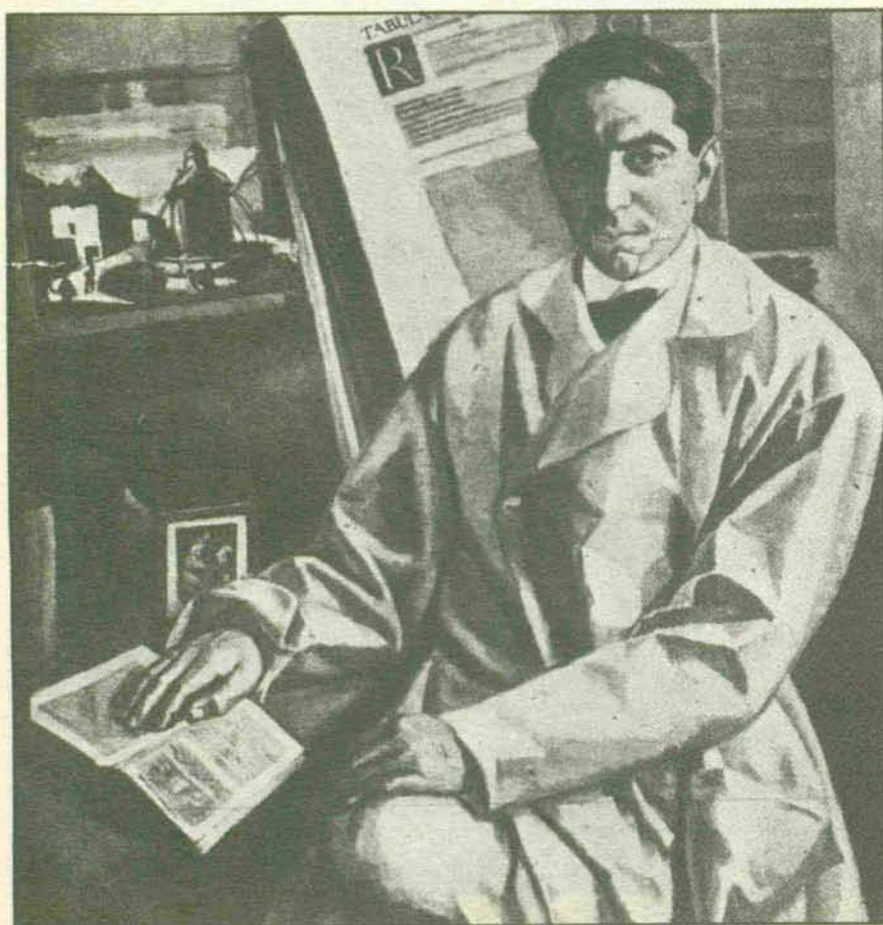
krausistas y espiritualistas, o a librecambistas y proteccionistas, fueron, en gran parte, escaramuzas entre las derechas y las izquierdas políticas.

Por la frecuencia con que se producía el salto de la esfera ateneísta a la política, Unamuno veía al Ateneo como «una antesala del Parlamento», donde «iban a adiestrarse en el uso de la palabra pública y en la discusión los que aspiraban a darse a conocer para representantes de la nación en Cortes». Aunque también esto parezca cosa de antea-yer, es evidente que en el sistema parlamentario el que quiera hacerse oír debe saber hablar (mucho y bien), y de ahí que los jóvenes con aspiraciones políticas acudieran al Ateneo (y a la Academia de Jurisprudencia)

para afilar sus armas. José Echegaray, por ejemplo, recuerda a un joven orador que, antes de la Gloriosa, atacó en el Ateneo las ideas democráticas, produciendo mucho efecto y recibiendo una gran ovación. Era, pues, necesario que un demócrata apagara el efecto causado, «porque aquellas discusiones del Ateneo eran entonces tan ardientes como las propias sesiones del Congreso de Diputados», y Francisco de Paula Canalejas le contestó tan formidablemente que «el joven conservador se sintió aplastado, y ni contestó, ni rectificó siquiera». Fuera del salón le dijo a Canalejas: «Tú no sabes el daño que me has hecho: acaso has destruido mi porvenir. Me había prometido el ministro un puesto de mucha importancia..., pero, vencido y humillado por ti en el Ateneo, supongo que perderé la plaza. Vine esta noche sólo para hacer méritos y con la esperanza de salir airoso; tú has destruido todas mis esperanzas con tu intempestiva elocuencia». La misma «parva de ministros en agraz», que tanto molestaba a Angel Ganivet en la Academia de Jurisprudencia, pululaba también por el Ateneo en espera de que una frase afortunada le abriera las puertas de la política. Así, escribía «Clarín» que «no hay muchacho en Madrid que antes de afeitarse por vez primera no pronuncie su discursito en la Sección de Ciencias Morales y Políticas» (5).

Desde esta perspectiva política, por otra parte, el Ateneo se perfiló siempre

(5) Véase mi *Ateneo* (Londres, 1971), p. 55, notas 39-43.



Gregorio Marañón, cuadro de Vázquez Díaz.

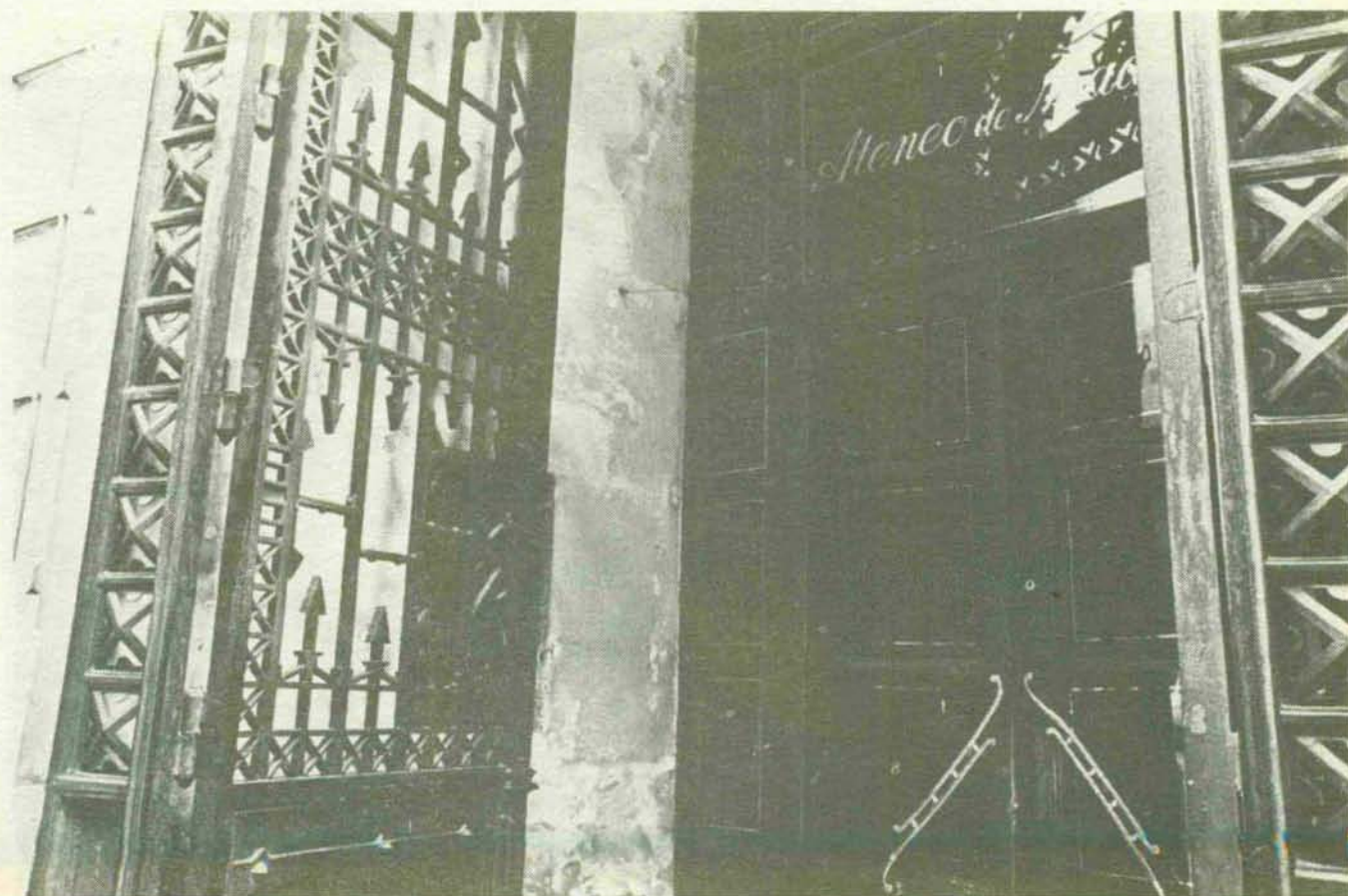
como una casa de oposición. La historia política del siglo XIX, por ejemplo, se caracteriza por su turno continuo, y no siempre pacífico, de los partidos que influyó decisivamente en la vida del Ateneo: a todo cambio en la esfera política correspondió otro, de signo contrario, en la ateneísta. Me explico: al relevo político de un partido por otro seguía un período de agitación (cambios en los cuadros de mando, destierro, peñón, cesantía), tras el cual se volvía a la «normalidad». En esta segunda fase, y mientras los vencedores gobernaban, los vencidos se reorganizaban y conspiraban para recobrar el poder; logrado esto (tercera y última fase), el ciclo volvía a repetirse.

El que cada nuevo Gobierno llevara en su seno a varios ateneístas presentaba al



José Ortega y Gasset.

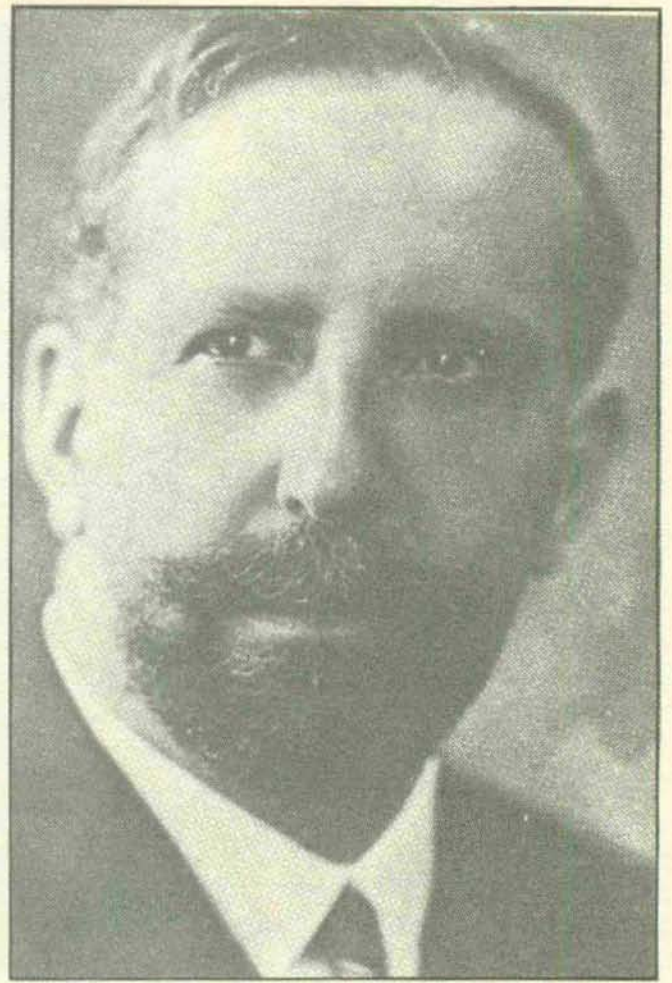
Ateneo como una antesala del Congreso y, de hecho, en temas de sección y de cátedra, el partido derrotado iniciaba la reconquista de la opinión pública desde la tribuna ateneísta, tribuna que el partido vencedor había dejado virtualmente desierta. Así, el ministro cesante y los que habían perdido sus escaños parlamentarios se arrellanaban, por falta de lugar más idóneo, en las poltronas ateneístas, mientras que los que las habían ocupado hasta entonces lo hacían en las ministeriales. Con cada turno político se producía en el Ateneo un relevo similar, pero a la inversa: cambiaban los nombres, los hombres, los temas de cátedra y de sección; el nombre que antes resonaba en el Congreso y en la crónica, pasaba a llenar las reseñas de la vida ateneísta. En



La puerta de acceso al Ateneo madrileño.



Salvador de Madariaga.



Américo Castro.



Margarita Nelken.



Victoria Kent, en la actualidad. (Foto, Ramón Rodríguez).



Rosa Chacel.

el asalto al poder y en la derrota política, el Ateneo (antesala y refugio políticos) siguió sin perder su perfil de hogar espiritual.

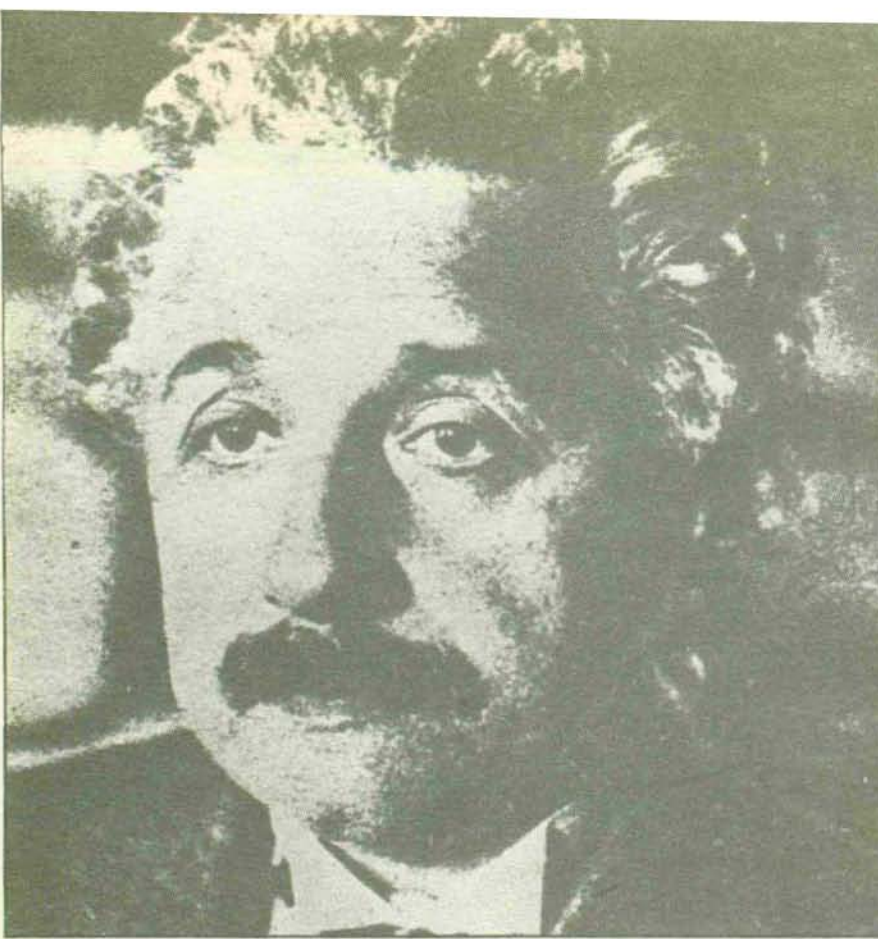
A las minorías parlamentarias correspondieron siempre mayorías ateneístas y así, el que ya no podía hablar en el Congreso, se desgañaba en el Ateneo; del mismo modo, lo que ya no se les podía decir a los diputados, se les remachaba a los ateneístas. En el Ateneo se politizaba todo, la cátedra, la sección, la junta general, la elección; en unas épocas más que en otras, claro está, pero este proceso de politización que experimentaba todo al «ateneizarse» fue lo que constituyó el espinazo ateneísta. El cuadro de profesores y las asignaturas explicadas estaban determinadas en gran medida por la situación política, el contenido de muchas conferencias no coincidía con su título (en Felipe II



Juan Ramón Jiménez, en el centro de la fotografía, con Jorge Guillén, a su derecha, y Pedro Salinas, en la terraza de su casa de la madrileña calle de Lista.



De izquierda a derecha, en la fotografía: Alberti, García Lorca, Chabás, Bacarisse, José M. Platero, Blasco Garzón, Jorge Guillén, Bergamín, Dámaso Alonso y Gerardo Diego (1928).



Albert Einstein, que dio varias conferencias en el Ateneo antes de nuestra guerra civil.

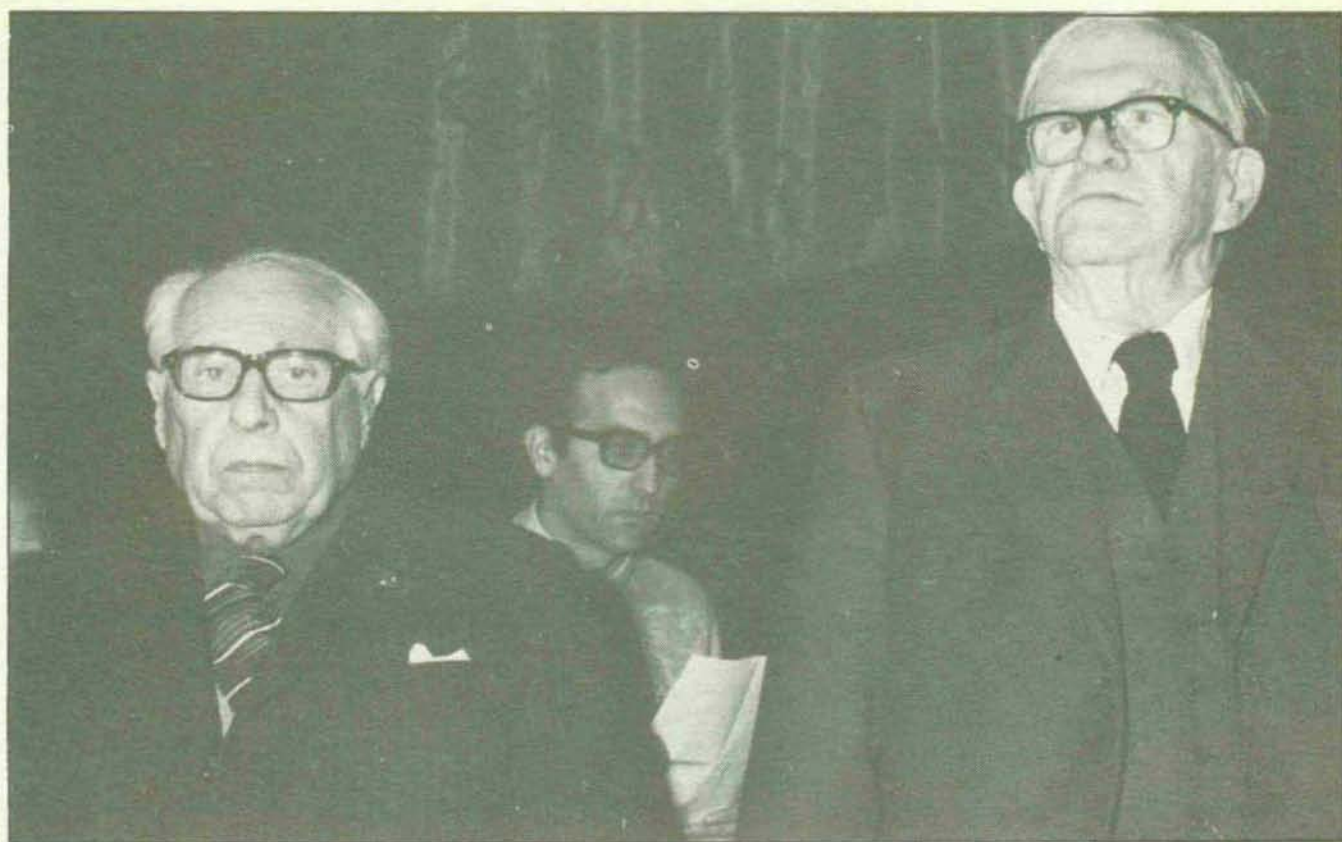
sea, que es lo que han hecho siempre que se les ha dejado en paz (valga la expresión). Después de tantos años, sin embargo, no viene mal saber qué fue el Ateneo, y no para que el de anteayer determine lo que será el de mañana, sino para que el ateneísta se oriente, simplemente. Aunque todos sabemos (Galdós, por ejemplo, no se cansó de repetirlo en su obra) que el conocimiento de los errores del pasado puede evitar su repetición, solemos olvidar que el pasado está también repleto de aciertos que sólo podremos repetir si los conocemos. ■ A. R. S.

se podía atacar a Cánovas, en la política de los Austrias a la del partido conservador, etc.), se politizó el romanticismo, el krausismo, el naturalismo... Y cuando la oposición política se pasó de la raya en sus discusiones ateneístas, hubo Gobiernos que cerraron el portalón de Prado, 21. A estos cierres seguirían aparatosas reaperturas por parte del nuevo Gobierno, ajeno al hecho de que con el cambio político se volvería a convertir en casa de oposición.

Hoy estamos, creo, en vísperas de otra reapertura del Ateneo o, mejor dicho, de la apertura del Ateneo; porque no puede hablarse de que el Ateneo volverá a funcionar, como antes de la guerra, sino que iniciará sus funciones. (Recuérdese aquello de que mal puede llamarse Reconquista a algo que duró más de siete siglos). Y cuando las inicie, el Ateneo será lo que los ateneístas decidan que



André Malraux, conferenciante del Ateneo madrileño, durante la guerra civil.



Otro ilustre conferenciante del Ateneo madrileño, Jean Cassou (a la izquierda de la fotografía), en compañía de Julio Alvarez del Vayo. (Foto Durán).



La escalinata de entrada al Ateneo de Madrid.